

LA FILOSOFÍA DE LA REDENCIÓN*
DE WIJSBEGEERTE DER VERLOSSING

Ferdinand Domela Nieuwenhuis

Tania León López (traducción)
Universidad Autónoma de Guerrero (UAGro) | México

* Domela Nieuwenhuis, Ferdinand. “De wijsbegeerte der verlossing”. *De Banier. Tijdschrift van het jonge Holland*, 1880, pp. 245–285.

Libros como la *Philosophie der Erlösung* de Philipp Mainländer y la *Phänomenologie des sittlichen Bewusstseins* de Eduard von Hartmann no son fenómenos cotidianos. Ambos pertenecen a los pesimistas. Por toda la literatura discurre innegablemente una corriente pesimista que puede llamarse la impronta de nuestro tiempo. ¡Ningún filósofo, en efecto, es tan popular como von Hartmann! ¿Hay que sorprenderse de ello? De ningún modo: para el observador atento, las relaciones de la vida social son tan artificiosas y tristes que casi necesariamente se llega a ponerse del lado de los pesimistas, quienes consideran la vida misma como la mayor de las desgracias.

Quien haya leído la magistral descripción de Gibbon en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* habrá de advertir una gran semejanza entre aquella época y la nuestra. Un Tácito, un Juvenal, un Suetonio presentan cuadros de corrupción moral que más de una vez nos recuerdan aquello que contemplamos a nuestro alrededor o lo que se nos comunica en la literatura de nuestros días. Los emperadores romanos de entonces eran malos, muy malos, pero no peores que el ambiente en medio del cual vivían. A lo sumo puede encontrarse en ellos el punto culminante de la perversidad; pero en todos los rangos y estamentos se manifestaban los mismos signos de corrupción. Se disfrutaba de la vida tanto como era posible, aprovechando cuanto podía ofrecer una civilización refinada; pero, tan pronto como se veía que de ese modo era imposible continuar, se ponía fin a la propia vida con absoluta sangre fría. Para procurarse lujo, esplendor, honores y poder se arriesgaba todo. Se emprendían grandes proyectos, especulaciones acompañadas de fraude y soborno, semejantes a las que podemos representarnos perfectamente en una época de fundaciones y fraudes como aquella en medio de la cual nosotros mismos nos encontramos; y, si la fortuna era adversa, se organizaba una última comida para agasajar por última vez a los amigos y, después, alegremente, se ingería veneno o se abrían las venas con toda frialdad en el baño. Ya hemos vivido muchas cosas; quizá algún buen día nos aguarde todavía un ejemplo semejante, en esta época de sorpresas que continuamente nos trae algo nuevo.

También el malthusianismo, que se predica en nuestros días, se aplicaba entonces en la práctica. No se contraía matrimonio o se procuraba no tener demasiados hijos a cargo. ¿Acaso no se tenía así una mayor posibilidad de acrecentar el propio poder y conservar las riquezas, a fin de poder ejercer influencia? Tan grande era este peligro para el Estado que fue necesario promulgar leyes para ponerle freno.²

Así, el *ius trium liberorum* establecía que el padre que tuviera tres hijos a su cargo quedaba exento de todos los impuestos personales. También se impuso un gravamen a los hombres solteros. Pero aquellas medidas no sirvieron de nada: el mal había echado raíces demasiado profundas.

Sabemos por la historia que otros pueblos, más vigorosos, pusieron fin a aquel estado de corrupción y sobresaturación. Se produjo una fusión y de este modo surgió una nueva vida. También ahora debe suceder algo semejante; pero, como demuestra Mainländer, en nuestra época ya no puede producirse mediante influencias procedentes del exterior, pues tanto los pueblos romances como los germánicos se encuentran ya dentro del círculo de la civilización. No: ahora deberá ocurrir mediante influencias procedentes del interior; la renovación, el renacimiento, tendrá que surgir del núcleo interno de los pueblos, desde abajo.

Ahora que nos encontramos en vísperas de esa gran transformación, de ese rejuvenecimiento de la vieja sociedad mediante la introducción de nueva sangre y nuevas fuerzas en sus venas, no puede sorprendernos que el pesimismo tome la palabra. A mí, al menos, me parece que el pesimismo es la expresión natural de una sociedad que se encuentra, como la nuestra, en estado de descomposición y disolución; pero desaparecerá con la misma seguridad tan pronto como entre en escena una sociedad fundada sobre la razón, en la que exista una alternancia suficiente entre trabajo y disfrute.

² Compárese Mommsen, *Römische Geschichte*, t. III; Montesquieu, *Esprit des lois*, libro XXIII, cap. 21.

Por consiguiente, se puede ser perfectamente pesimista respecto del presente sin aceptar la conclusión última según la cual la redención de la humanidad consistirá en su disolución en la muerte absoluta. Los pesimistas hablan demasiado del «Juicio Final», que, según Mainländer, no llegará, como muy pronto, hasta después de un año platónico, que puede hacerse comenzar hacia el 5000 a. C., de modo que aún serían necesarios otros tres mil años antes de alcanzar el destino final. Una fecha semejante queda bastante lejos y, por ello, de momento haremos mejor en trabajar en aquello que se encuentra más a nuestro alcance. En esto, por lo demás, diversos pesimistas coinciden con nosotros.

En realidad, muchos no son más que pesimistas relativos, pues son optimistas respecto del presente y pesimistas respecto del futuro. Justamente lo contrario de lo que yo considero correcto, a saber: pesimista respecto del presente y optimista respecto del futuro. Pues ¿qué dice von Hartmann? Llama a este mundo el mejor de todos los mundos posibles: he ahí su optimismo; pero el mejor es suficientemente malo, tan malo que sería mucho mejor que no existiera: he ahí su pesimismo. «Sólo mediante la afirmación de la voluntad de vivir como lo único provisionalmente válido, sólo mediante una entrega completa a la vida y a sus dolores, y no mediante una cobarde abstención y retirada personales, puede hacerse algo en favor del proceso cósmico», dice von Hartmann. Hermano, dame la mano: así podemos responderle. Trabajemos juntos en aquello que es «provisionalmente válido», a la espera de las cosas que habrán de venir. Muy, muy a lo lejos se encuentra, pues, su pesimismo. Hasta entonces, el optimismo, o la aspiración al placer y al acrecentamiento de la conciencia, constituye el deber de cada individuo, pues de ese modo, según Hartmann, contribuye a la llegada del pesimismo.

Sin embargo, en este punto los pesimistas no se encuentran de acuerdo entre sí; al menos, los medios para alcanzar ese fin son en von Hartmann y Mainländer directamente opuestos. Mainländer dice: la vida célibe y la completa castidad aceleran la consecución del objetivo. Compárense sus citas de Goethe y A. von Humboldt en la p. 210. Es más consecuente que von Hartmann cuando le atormenta, en los últimos instantes de conciencia, el pensamiento de que continúa viviendo en sus hijos; de que, para procurarse a sí mismo una breve alegría, ha impuesto a otros la carga de una vida insoportable y, con ello, ha prolongado en esa medida el sufrimiento del universo.

Hartmann rechaza con la mayor energía este consejo e insiste, por el contrario, en que hay que multiplicarse en número más rápidamente que nunca, con el fin de ocupar los lugares vacíos y hacerlo del mejor modo posible. Si las personas cultivadas se abstienen de reproducir su linaje, los ignorantes adquirirán la supremacía y entonces las clases inferiores se convertirán realmente en un peligro para la sociedad. Según él, antes de que pueda llegar el final han de ser destruidas tres ilusiones: 1.º, la suposición de que los individuos pueden alcanzar una verdadera felicidad en esta vida, durante el período actual de desarrollo de la historia universal; 2.º, la creencia de que una felicidad semejante puede alcanzarse después de la muerte, en una vida inmortal situada más allá de la tumba; 3.º, el sueño de una futura perfectibilidad del género humano. Para destruir estas ilusiones es preciso aumentar el conocimiento, porque «quien aumenta el conocimiento, aumenta la preocupación». El incremento del conocimiento y las calamidades provocadas por la superpoblación conducirán cada vez más a convencer a la humanidad de la miseria de la existencia y de la urgencia de ayudar al universo a alcanzar su fin.

Frente al pesimismo y al optimismo —léí alguna vez en algún lugar— debería colocarse el omnismo, que aspira a contemplar lo bueno y lo malo de la naturaleza y a aprovechar para sí lo mejor de ambos.

En cualquier caso, vemos que los pesimistas no tienen un aspecto tan terrible como pretenden. Ninguno de ellos predica el suicidio, aunque éste sería una consecuencia de su sistema. Sólo Schopenhauer lo favorece indirectamente; pero éste poseía también un temperamento profundamente melancólico y desconfiado, cosa que no puede afirmarse de muchos pesimistas.

El libro de Mainländer, tan lleno de conocimientos y penetración, ofrece abundante materia para la

reflexión, y nadie habrá terminado la lectura de las 623 páginas que lo componen sin haber enriquecido su espíritu. Deseo exponer, sin interrumpir su curso de pensamiento y de forma breve, sus ideas acerca de dos cuestiones, a saber: la ética y la política, para añadir finalmente algunas observaciones y consideraciones propias. El lector que participa con interés en la vida y en su rica diversidad me estará, espero, agradecido por haberle abierto esta rica fuente de conocimiento. No se trata aquí de estar de acuerdo —hay ya demasiado acuerdo allí donde falta reflexión—, sino de estimular una reconsideración de estas cuestiones y mantenerlas continuamente al alcance de la libre investigación: ésa debe ser nuestra aspiración.

I. LA ÉTICA

La ética es doctrina de la felicidad. Su tarea consiste, por tanto, en investigar qué puede satisfacer las necesidades del corazón humano, es decir, qué puede hacerlo feliz, y en señalar los medios mediante los cuales el ser humano puede alcanzar la felicidad suprema.

La principal aspiración del ser humano consiste en vivir y conservarse en la vida. En el hombre, esta aspiración aparece como egoísmo. Cada ser humano desea la plena satisfacción de sus deseos y, puesto que encuentra obstáculos para satisfacerlos, lucha. Una vida sin perturbaciones, en la que posea cuanto desea, es imposible y, por ello, procura obtener el mayor placer posible, es decir, la satisfacción de sus deseos; o, si ha de padecer dolor, participar de él lo menos posible. Damos por establecido que la voluntad del ser humano no es libre, que todas sus acciones acontecen con necesidad y que, partiendo de su deseo de felicidad, puede formarse un bien general; asimismo, que este bien puede llevarlo, bajo determinadas circunstancias, a actuar contra su propio carácter.

Cuando encontramos al ser humano en su estado originario, se encuentra en el estado de naturaleza. Está sometido única y exclusivamente al poder de la naturaleza y, como cualquier otro ser, aspira a conservarse en la vida. Puesto que otros individuos poseen esa misma aspiración, surge la lucha por la existencia. En semejante estado sólo deciden la fuerza o la astucia. El derecho y la injusticia son conceptos que en el estado de naturaleza carecen de significado. Sólo adquieren sentido dentro del Estado.

Toda acción humana es egoísta. Al compasivo le resulta tan imposible dejar que su prójimo padezca hambre como al despiadado socorrer al necesitado. Cada cual actúa de acuerdo con su carácter, conforme a aquello que lo hace feliz y, por consiguiente, egoístamente.

En el estado de naturaleza vence casi siempre el más fuerte, aunque no siempre. ¿Quién protege, por ejemplo, al más fuerte mientras duerme? ¿O cuando envejece o enferma? De ahí se llega al conocimiento de que una limitación recíproca del poder redundará en beneficio de cada individuo. Así surgió el Estado. Los seres humanos se asociaron movidos por la necesidad: la limitación del poder era un mal menor que el poder ilimitado. El carácter de todo Estado debe consistir en dar a sus ciudadanos más de lo que les quita; el sacrificio que realiza el ser humano no debe ser mayor que la ventaja que obtiene a cambio.

De este modo surgieron, en beneficio de todos, las primeras leyes: las leyes del «no robarás» y «no matarás».

Deberes y derechos constituían, por tanto, el contenido de este pacto. Era deber de cada uno dejar intactas la vida y las posesiones de los demás. Tenía derecho, a su vez, a su propia vida y a sus bienes. Contravenir este orden constituía una injusticia. Como consecuencia de semejante situación, el poder al que cada cual había renunciado fue transferido a un juez, a una autoridad superior a la de cada individuo. El Estado exige, por consiguiente, como primer deber, la sumisión a la ley, y estrechamente ligado a éste aparece un segundo: la protección del Estado. ¿Es por ello el ser humano más feliz que en el estado de naturaleza, donde no existían leyes? Ciertamente no. Acepta gustosamente los beneficios, pero soporta las cargas de mala gana. Por eso intenta eludir las leyes y trasladar esas cargas a los demás. Su bienestar general ha aumentado gracias a las leyes, pero se siente desgraciado a causa de ellas. Junto a esta primera atadura

impuesta a su egoísmo natural, la religión constituye una segunda, cuyos efectos son semejantes. El ser humano, en su estado originario, se sentía impotente y necesitado de auxilio; se encontraba frente a un poder situado por encima del mundo. Así llegó al reconocimiento de los dioses, porque no comprendía — ni podía comprender — la conexión de la naturaleza. Tomemos ahora la forma religiosa más desarrollada: el cristianismo. Éste enseña la existencia de un Dios omnipotente, situado fuera del mundo, cuya voluntad da a conocer; enseña que deben obedecerse las leyes del Estado, pero también que se debe amar al prójimo como a uno mismo. Se trata de una exigencia inaudita para el egoísta, cuya máxima vital reza: *Pereat mundus, dum ego salvus sim* («Que el mundo perezca, con tal de que yo me salve»). Su naturaleza se rebela contra semejante exigencia. Supongamos ahora que todos, situados en el punto de vista cristiano, creen en Dios, en la inmortalidad del alma y en un juicio después de la muerte. El cristianismo exige entonces el amor a los enemigos (Mt 5,46-47); exige pobreza y moderación, así como la represión del impulso sexual. Y a todo ello vincula una recompensa: entrar en el Reino de Dios. De este modo, el egoísmo natural queda sometido a cadenas mucho más fuertes que las impuestas por las leyes del Estado. El ser humano puede engañar a otros seres humanos y, por tanto, también a la autoridad; pero ante Dios nada de esto sirve. Y aun si pudiera engañarlo, llega la muerte y después de ella el juicio. ¡Una vida eterna! ¿Qué significa este breve lapso de tiempo frente a una eternidad? ¡Bienaventuranza eterna, sufrimiento eterno! La felicidad del ser humano ya no se encuentra, por consiguiente, en este mundo.

Si el egoísta obedece ahora los mandamientos de la religión, su bienestar general ha aumentado, pues cree en una vida eterna; pero ¿es feliz? ¡De ningún modo! Lucha con su Dios y se lamenta: ¿por qué no puedo alcanzar la bienaventuranza sin tener que refrenar mis placeres?, ¿por qué no puedo ser feliz aquí y también allá? Es desgraciado sobre la tierra para ser feliz después de la muerte.

Las acciones realizadas o impuestas por los motivos más poderosos del Estado y de la religión llevan el sello de la legalidad; carecen, sin embargo, de valor moral. Una acción sólo posee valor moral cuando, primero, es legal, es decir, concuerda con las leyes del Estado o con los mandamientos de la religión y, segundo, se realiza con alegría, esto es, cuando proporciona un sentimiento de satisfacción interior. El verdadero cristiano, aquel cuya voluntad se encuentra enteramente sostenida por la doctrina del Salvador, es, por consiguiente, el ser humano más feliz; todo le resulta indiferente: «Ya vivamos, ya muramos, del Señor somos». La fe constituye, por tanto, una *conditio sine qua non* de la felicidad. Si esto es así, acaso se haya encontrado el estado feliz, pero bajo una condición que resulta inadmisibile. Y aquí tocamos el fundamento más profundo de la ética, a saber: la cuestión del fundamento científico de la moral, es decir, si puede fundamentarse la moral sin dogmas, sin admitir una voluntad divina revelada.

Frente a esta filosofía trascendente se sitúa la filosofía inmanente, que no reconoce otras fuentes que la naturaleza abierta y manifiesta ante nosotros y nuestro propio interior, y que, por consiguiente, rechaza la existencia de una unidad oculta situada por encima o detrás del mundo. En consecuencia, no reconocemos otra autoridad que el Estado instituido por los seres humanos. Este Estado surgió como producto de una elección entre dos males, de los cuales se escogió el menor. El Estado es, pues, un mal necesario. Dentro de él existe únicamente una moralidad limitada, pues la mayoría de las personas actúan legalmente, en la medida en que permanecen dentro de los límites de las leyes, pero no las obedecen con alegría, condición indispensable, sin embargo, para que una acción posea valor moral.

Situémonos ahora en el mismo punto de vista que los optimistas y construyamos un Estado ideal para examinar la vida. Este Estado abarca a toda la humanidad. No existen guerras ni revoluciones; el poder político ya no se encuentra en manos de determinadas clases, sino que la humanidad constituye un solo pueblo, que vive conforme a leyes en cuya elaboración participan todos. La miseria ha desaparecido y el trabajo se encuentra organizado. Los inventos han transferido gran parte del trabajo a las máquinas, y su manejo apenas ocupa unas horas de la jornada de los ciudadanos. La pobreza ha desaparecido. Cada cual

vive sin preocupación por su sustento. Las viviendas son buenas y saludables. Nadie puede explotar a sus semejantes. El sello característico de este Estado es: poco trabajo, mucho disfrute.

Pero, por buenas que sean todas estas condiciones, permanecen cuatro males inseparables de la vida: los dolores del parto, la enfermedad, la vejez y la muerte. No contaremos aquí males menores como el sueño, que ocupa una tercera parte de la vida —un mal, pues si la vida es un bien, el sueño, durante el cual carecemos de conciencia de ella, debe ser un mal—; ni la infancia, durante la cual el ser humano debe aprender a habituarse al mundo; ni el trabajo, que ha sido considerado una maldición, y otros semejantes. Incluso si lográramos superar tres de esos males, de modo que el nacimiento tuviese lugar sin dolores, las enfermedades pudieran evitarse y la vejez fuese fresca y feliz, quedaría todavía la muerte, que no puede ser eliminada. ¿Serían entonces felices los seres humanos en semejante Estado? Lo serían si no experimentasen un vacío terrible. El aburrimiento hace insoportable la vida. «Es preciso tener algo que desear para no llegar a ser desgraciado de tanta felicidad. El cuerpo quiere respirar y el espíritu quiere aspirar». ¡Antes una vida de necesidad que una vida de aburrimiento! Así se pone de manifiesto que incluso la vida en el mejor Estado concebible de nuestro tiempo carece de valor. La vida misma es una desgracia y, por ello, el no ser es mejor que el ser. Si se afirma que semejante descripción es falsa, podemos remitirnos a aquellos seres humanos que han vivido de la manera que acabamos de bosquejar, prácticamente libres de preocupaciones y necesidades. Goethe dice con toda razón:

*Alles in der Welt lässt sich ertragen
Nur nicht eine Reihe von schönen Tagen.*

Todo puede soportarse en el mundo,
salvo una sucesión de días hermosos.

Y en sus conversaciones con Eckermann dice: todos sufrimos a causa de la vida. Siempre se me ha considerado una persona especialmente favorecida por la fortuna, y tampoco quiero quejarme. Pero, en el fondo, todo ha sido únicamente esfuerzo y trabajo, y puedo afirmar que, en mis setenta y cinco años de vida, no he sido verdaderamente feliz ni siquiera durante cuatro semanas. Ha sido como empujar continuamente una piedra que una y otra vez tenía que volver a ser movida.

Y Alexander von Humboldt: no estoy hecho para ser padre de familia. Además, considero que casarse es un pecado y tener hijos, un crimen. Según mi convicción, quien toma sobre sí el yugo del matrimonio es un necio o, más aún, un pecador. Un necio, porque renuncia a su libertad sin recibir a cambio una compensación suficiente; un pecador, porque engendra hijos sin poder garantizarles la felicidad. Desprecio a la humanidad en todos sus grados; preveo que nuestros descendientes serán todavía mucho más desgraciados que nosotros. ¿No actuaría entonces pecaminosamente si procurase tener descendencia, es decir, seres desgraciados? La vida entera es el mayor de los absurdos. Y cuando se han pasado ochenta años aspirando y buscando, finalmente hay que reconocer que nada se ha obtenido ni encontrado. ¡Si al menos supiéramos por qué estamos en el mundo! Pero todo continúa siendo enigmático para quien piensa, y la mayor felicidad sigue consistiendo en haber nacido necio.

Así hablan estos dos hombres extraordinariamente dotados. ¿Serían, entonces, felices los ciudadanos de nuestro Estado ideal? Pero ese Estado no es más que una imagen de la fantasía.

¿No llegará, pues, a existir algún día el Estado ideal? Mainländer examina esta cuestión en su Política, donde volveremos a encontrarla. Por ahora debemos limitarnos a admitir que llegará. La sociedad se hará más igualitaria y cada ciudadano disfrutará de las ventajas de una civilización superior; la humanidad padecerá menos sufrimiento que antes. Es impulsada por el camino que conduce al Estado ideal. El

movimiento que impulsa hacia él forma parte del curso del mundo y se manifiesta como el destino necesario de la humanidad. Este destino es tan poderoso como la voluntad de la unidad simple situada por encima o detrás del mundo; y, mientras se crea en esta última, la esencia de aquel destino será conocida por el ser humano mediante la causalidad ampliada hasta la comunidad.

El Estado es, pues, la forma en la que se cumple ese movimiento, ese destino de la humanidad. De ahí que avance continuamente y aspire a la mejor comunidad posible. Este destino exige de cada ciudadano la entrega a lo general, es decir, el amor al Estado. Frente a la proposición «la justicia debe proceder de la fe», la filosofía inmanente coloca, por consiguiente, «la entrega a lo general debe proceder del saber».

¿Proporciona este saber una gran ventaja? Sólo entonces, y únicamente entonces, podrá conducir la voluntad hacia el bien.

El egoísta natural piensa exclusivamente en su propia ventaja, cualquiera que sea el medio por el que la obtenga. Otros están dispuestos a dar algo, pero entregarse por completo, eso no. El cristianismo amenazaba con la recompensa y el castigo. La ética inmanente conoce el infierno del Estado presente y el cielo del Estado ideal, y por eso dice al ser humano: continúas viviendo en tus hijos; en ellos celebras tu renacimiento. Pero mientras el Estado ideal no exista, las circunstancias cambian constantemente: hoy rico, mañana pobre; hoy martillo, mañana yunque. Actúas, por tanto, contra tu propio bienestar general cuando intentas conservar el actual orden de cosas: ésa es su amenaza. Y su promesa es el Estado ideal, libre de necesidad y de miseria.

Este saber del ser humano: 1.º, que revive en sus hijos; 2.º, que el presente orden de cosas tiene como condición necesaria el cambio de las circunstancias; 3.º, que en el Estado ideal queda garantizada para todos la mejor vida; 4.º, que el movimiento de la humanidad avanza en dirección al Estado ideal; este saber puede enardecer la voluntad.

El movimiento de la humanidad en dirección al Estado ideal es un hecho; pero, puesto que la detención es imposible, ese movimiento ha de ser incesante. Si, por tanto, la humanidad alcanza dicho Estado, deberá seguir moviéndose, y precisamente en dirección a la aniquilación completa; es decir, del ser hacia el no ser. Del movimiento hacia el Estado ideal surgió el mandamiento de la entrega a lo general; del movimiento del ser hacia el no ser surgió el mandamiento de la virginidad, es decir, de la castidad, que también en el cristianismo fue ensalzada como la virtud suprema. ¡Extraña exigencia! El impulso hacia la vida permanecerá siempre; precisamente por ello el ser humano se reproduce.

¿Cómo podrá, entonces, vencer ese impulso sexual que parece invencible? Sólo el temor ante un castigo mayor, unido a una ventaja que supere todas las demás ventajas, podrá darle fuerzas para hacerlo. Esa fuerza consiste en la conciencia de que el no ser es mejor que el ser, o en el saber de que la vida es el infierno y la muerte, la destrucción del infierno. El ser humano que ha aprendido por experiencia que la vida es sufrimiento no puede sino aceptar semejante solución.

Encontramos así la felicidad fuera de la religión. Con ello hemos encontrado el fundamento inmanente de la moral: es el movimiento real de la humanidad, reconocido por el sujeto, el que exige el ejercicio de las virtudes: patriotismo, justicia, amor al prójimo y castidad. De ello se sigue que el movimiento de la humanidad no es moral en sí mismo, del mismo modo que las cosas tampoco son bellas en sí mismas. Considerado desde el punto de vista de la naturaleza, ningún ser humano actúa moralmente: quien ama a su prójimo no actúa de modo más meritorio que quien lo odia. La humanidad posee simplemente un curso que quien actúa moralmente acelera. Considerada, en cambio, desde el punto de vista del sujeto, es moral toda acción que, consciente o inconscientemente, tiene lugar de acuerdo con el movimiento fundamental de la humanidad y que se realiza con agrado. La exhortación a actuar moralmente posee fuerza porque garantiza la ventaja de ser redimido más rápidamente del todo; y esta ventaja es de tal magnitud que supera con mucho a todas las demás.

Este enardecimiento de la voluntad por el saber constituye la negación filosófica de la voluntad de vivir individual. ¿Y cómo puede negarse por completo esa voluntad? Mediante la castidad. La muerte es aniquilación completa; pero quien continúa viviendo en sus hijos, en realidad ha resucitado en ellos. La hora de la muerte carece de significación para la filosofía inmanente. Después de haber sufrido lo suficiente, el ser humano exhortará a sus descendientes a apartarse de la vida, que es sufrimiento. En cambio, la hora de la procreación posee una importancia decisiva: en ella el ser humano decide si quiere continuar viviendo o ser completamente aniquilado. Por un breve instante de placer sacrifica el tesoro máspreciado al engendrar vida y, con ella, sufrimiento.

Así pues, en la muerte tiene lugar la negación de la voluntad; pero ésta también puede producirse en aquellos que continúan viviendo en sus hijos. En ese caso, únicamente procura la felicidad del individuo durante el resto de su vida. Y éste tratará de transmitir a sus hijos el verdadero saber y de conducirlos por el camino de la redención. Hallará consuelo en la certeza de que, junto a la redención individual, tendrá lugar también la redención general; de que el Estado ideal llegará a abarcar a todos para que, finalmente, pueda realizarse el «gran sacrificio», como dicen los indios.

Una última palabra acerca de la religión de la redención. Cristo exigió una negación casi completa de uno mismo. Más aún: al prometer una recompensa especial a quien reprimiera el impulso sexual, exhortó al ser humano a abandonar su individualidad y a destruir enteramente su egoísmo natural. ¿Por qué formuló unas exigencias tan duras? Por la promesa del Reino de los Cielos; pues sólo quien ha perdido su individualidad originaria puede llegar a ser verdaderamente feliz.

Este núcleo de la doctrina cristiana contiene la flor de toda la sabiduría humana. La filosofía inmanente acepta esa misma exigencia, pero no puede reconocer el fundamento dogmático sobre el que descansa. La tarea de la filosofía consiste en poner esta verdad salvífica de acuerdo con la naturaleza. Mainländer denomina a esta ética el primer intento de cumplir semejante tarea en un terreno puramente inmanente y mediante recursos puramente inmanentes. Esto sólo llegó a ser posible cuando el ámbito trascendente quedó enteramente separado del inmanente; cuando se demostró que ambos no se encuentran uno junto al otro ni uno dentro del otro, sino que uno surgió cuando el otro desapareció.

El mahometismo y el cristianismo —el primero, la mejor de todas las malas religiones; el segundo, la mejor de todas las grandes religiones éticas— guardan con la filosofía inmanente la misma relación que las dos hijas mayores del rey Lear con la menor, Cordelia. El mahometismo promete al virtuoso una vida de voluptuosidad; el cristianismo, un estado de contemplación eterna; la ética inmanente sólo puede ofrecerle el sueño como «el mejor alimento en el banquete de la vida». El cansado no desea otra cosa que dormir; del mismo modo, quien está cansado de la vida sólo desea la muerte, la completa aniquilación en la muerte, y recibe agradecido la seguridad que le ofrece el filósofo de que ningún nuevo estado lo aguarda: ni placer ni sufrimiento, sino que todos los estados terminan con la aniquilación de su ser interior.

II. LA POLÍTICA

La política trata del movimiento de la humanidad entera. Considerado desde un punto de vista inferior, este movimiento es el movimiento hacia el Estado ideal; considerado desde uno superior, es el movimiento desde la vida hacia la muerte absoluta. No puede llevar un sello moral, pues la moral descansa en el sujeto, y sólo las acciones del individuo respecto del movimiento del conjunto pueden ser morales. Este movimiento se lleva a cabo mediante la violencia y constituye el destino omnipotente de la humanidad, que destroza todo cuanto se interpone en su camino. Allí donde desemboca en el Estado recibe el nombre de civilización.

La forma general de la civilización es, por tanto, el Estado. Sus formas particulares —económicas, políticas y espirituales— son denominadas por Mainländer históricas. Su ley fundamental es la ley del sufrimiento, que produce el debilitamiento de la voluntad y el fortalecimiento del espíritu. Examinaremos

ahora el curso de la civilización tal como se manifiesta en los principales acontecimientos de la historia.

La unidad de origen del género humano no entra en contradicción con los resultados de las ciencias naturales. De ella se desprende la verdad de que todos los seres humanos son hermanos. Sólo muy lentamente se desarrolló el ser humano originario a partir del animal. Este desarrollo consistió en el desenvolvimiento de los individuos o, dicho de otro modo, durante el primer período de la humanidad sólo dominó la ley del despliegue de la individualidad. El aumento de la población, favorecido, por una parte, por un impulso sexual muy intenso y, por otra, por las condiciones favorables para la subsistencia existentes en la tierra habitada por los primeros seres humanos, produjo una expansión cada vez mayor.

En el vestíbulo de la civilización se encuentran los pueblos en estado natural, es decir, las tribus que vivían de la caza, la ganadería y la agricultura. El ser humano es insociable por naturaleza y únicamente la necesidad o el aburrimiento lo impulsaron hacia la sociabilidad. Así vivía el cazador con su mujer, que constituía su bestia de carga. Cuando los hijos crecían, se marchaban y fundaban su propia familia. La escasez de alimentos, provocada por la reducción del territorio de caza como consecuencia del aumento de la población, lo sacó de aquel modo de vida monótono. Los hombres se asociaron para expulsar a los intrusos de sus territorios de caza. Una vez conseguido el objetivo, la alianza se disolvía. También se transformó el carácter de la familia, porque a los hijos ya no les resultaba tan fácil encontrar un lugar donde establecerse y porque al padre le interesaba aprovechar en beneficio propio la fuerza de sus hijos. El vínculo se hizo, por consiguiente, más estrecho y así surgieron tribus de cazadores conscientes de pertenecer unas a otras. Las tribus guerreaban entre sí. El contacto producido de este modo incrementó la fuerza espiritual de los seres humanos. Tanto la guerra como las ocupaciones pacíficas realizadas en común hicieron necesaria la elección de un jefe. Para desempeñar esta función se escogía al más fuerte o al más astuto: debía conducir a los demás durante la guerra e impartir justicia durante la paz. De este modo penetró en la conciencia del ser humano la distinción entre derecho e injusticia. Esto dio lugar a una asociación jurídica, que constituye la primera forma rudimentaria del Estado. Su organización fue obra de la razón y se fundaba en un contrato.

Un gran progreso consistió en la domesticación de ciertos animales. Apareció la ganadería y, junto a las tribus de cazadores, surgieron ahora tribus de pastores. Entonces nació la primera religión natural. La relación del sol con las estaciones y con los fértiles pastizales, así como la contemplación de cómo los animales salvajes o las fuerzas destructoras de la naturaleza atacaban los valiosos rebaños, condujeron a representaciones de potencias buenas y malas. Surgió la convicción de que, mediante la veneración y los sacrificios, era necesario reconciliar a unas y propiciar a las otras. Según el clima, esta religión natural adquirió un carácter más amable o más sombrío. El gobierno de estos pueblos pastores era patriarcal. El jefe de la tribu era príncipe, juez y sacerdote.

Con el aumento de la población, la agricultura se desarrolló a partir de la vida nómada. Los pueblos que llegaron a ella abandonaron la organización patriarcal. El trabajo se hizo más difícil. La agricultura exigía una división del trabajo. Se necesitaba, por tanto, un gobierno más fuerte, y así surgieron las castas, cada una de las cuales se ocupaba exclusivamente de una actividad. La sencilla religión natural dejó de ser suficiente, pues los sacerdotes comenzaron a reflexionar sobre la conexión de la naturaleza y la difícil vida entre el nacimiento y la muerte se convirtió en el problema principal. Se reconoció la carencia de valor de la vida, y este conocimiento constituye la sabiduría suprema. El panteísmo de los brahmanes, que en la India se desarrolló a partir de la religión natural, sirvió de apoyo al pesimismo. El Estado de castas recibió su consagración al ser presentado como una institución divina y no como obra humana. Pero los brahmanes se sometieron a la ley y se rodearon de ceremonias. Aquel despótico Estado de castas de los antiguos indios significó la elevación del ser humano por encima del estado animal y la sujeción de su voluntad a la coacción política y religiosa.

La historia de Babilonia, Asiria y Persia permite conocer dos nuevas leyes de la civilización: la ley de la corrupción y la ley de la fusión por conquista.

Por una parte, la conquista tuvo como consecuencia la fusión de los pueblos. Aparecieron los esclavos. Pero también se buscó la felicidad en los placeres de los sentidos; un lujo desmesurado se introdujo poco a poco y debilitó a los pueblos. Las leyes de la civilización y de la fecundación espiritual ampliaron el círculo de la civilización. Los fenicios contribuyeron especialmente a ello mediante el comercio, que ejerce una influencia civilizadora.

Con el avance de la civilización no se permaneció en la religión natural. Quien sea capaz de mantener libre su mirada en medio de la diversidad de los fenómenos encontrará en toda religión natural la expresión, más o menos clara, del sentimiento de dependencia que todo ser humano experimenta frente al universo. En la religión, lo principal no es el conocimiento de la conexión dinámica del mundo, sino la reconciliación del individuo con la voluntad omnipotente de una divinidad que se manifiesta en los fenómenos naturales. En las religiones naturales asiáticas, el individuo se reconciliaba con los dioses airados mediante sacrificios exteriores; en las religiones más purificadas, se sacrificaba a la divinidad mediante la limitación de su propio ser interior. Los indios, que se elevaron tanto por encima de todos los demás, incurrieron en el error de negar la realidad del individuo y, con ella, la realidad del mundo entero: el panteísmo indio es idealismo empírico. Frente a él surgió la doctrina Sāṃkhya, que negó la unidad en el mundo y defendió la realidad del individuo. De ella se desarrolló el budismo. Buda partió, al igual que el panteísmo, de la carencia de valor de la vida, pero permaneció en el individuo, cuyo proceso de desarrollo constituía para él lo esencial. Situó toda realidad en el individuo, en el karma, y lo convirtió en omnipotente. Ningún poder situado fuera del individuo influye sobre su destino. Buda determina este proceso de desarrollo del individuo como el movimiento desde un ser originario hacia el no ser. De este modo negó la realidad de la actividad de todas las demás cosas del mundo y, por tanto, la realidad de todas las demás cosas, pues la única realidad era el yo autoconsciente. El budismo es, por consiguiente, al igual que el panteísmo indio, un idealismo absoluto. Puesto que Buda enseñó exotéricamente la igualdad y la fraternidad de todos los seres humanos y, con ello, abolió el sistema de castas, fue también un reformador político y social. Este movimiento no logró imponerse en la India; allí permanecieron la organización de castas y el panteísmo.

En la religión persa del Zend, las potencias malignas de la religión natural se fundieron en un único espíritu maligno y las buenas, en uno único bueno. Todo cuanto procedía del exterior provenía del espíritu maligno, mientras que cuanto procedía del interior tenía su origen en el espíritu bueno.

Las principales religiones antiguas dirigieron la mirada del ser humano hacia su vida interior y, de este modo, ejercieron una gran influencia sobre el proceso general de desarrollo.

El brahmanismo amenazaba a quienes se resistían con la transmigración de las almas; el budismo, con el renacimiento; la religión del Zend, con la desgracia que atraviesa el pecho humano cuando éste se encuentra en los brazos de Ahrimán. Por el contrario, el primero presentaba ante quienes vacilaban la perspectiva de una reunificación con Dios; el segundo, la liberación completa de la existencia; y la tercera, la paz en el seno del dios de la luz.

Los pueblos semíticos, con excepción de los judíos, no se elevaron de la religión natural a una religión moral. Sólo los judíos admitieron un ser situado fuera del mundo, en cuyas manos se encontraba el destino de la criatura. El temor de Dios era aquí lo esencial. No llegaron a elevarse hasta la concepción de una meta del mundo.

Los griegos produjeron grandes transformaciones en la civilización. La influencia de su magnífica tierra contribuyó a su formación. Para ellos, el individuo en libertad constituía algo fundamental. De ahí que se fragmentaran en una multitud de pequeños Estados y ciudades independientes y que nunca llegaran a alcanzar la unidad política. La religión común y las festividades nacionales eran los únicos vínculos que

unían a las tribus en una totalidad ideal. Aparece aquí, por tanto, la ley de la rivalidad entre los pueblos, pues cada Estado aspiraba a la supremacía. Al principio, la mayoría estaba gobernada por reyes que velaban por las leyes, ofrecían sacrificios a los dioses en nombre del pueblo y ejercían el mando durante la guerra; frente a ellos se encontraba un consejo compuesto por las familias nobles. El pueblo carecía de influencia. Esto cambió y se manifestó la ley de la fusión por la revolución. La monarquía fue abolida y apareció la república aristocrática. Pero ésta también tuvo que dejar pronto su lugar a un gobierno popular. El individuo se separó cada vez más del conjunto, hasta que se hizo valer la ley de la fusión por conquista, por medio de la cual los griegos quedaron sometidos al dominio de los macedonios.

El politeísmo de los helenos no era especulativo, sino artístico. La única idea especulativa era el Destino, que ejercía poder sobre dioses y seres humanos y en el cual los dioses se fundían en una sola divinidad. No concebían este Destino como movimiento del mundo, sino como una potencia inmóvil e insondable. Puesto que, de este modo, no era posible ningún desarrollo dentro de la religión natural y puesto que ésta era, además, intangible como uno de los fundamentos del Estado, mientras que existía la necesidad de conocer la relación entre el individuo y el universo, surgió junto a ella la filosofía. Heráclito quería que el individuo se entregara por completo al movimiento del universo o, dicho de otro modo, que el egoísmo natural se transformase en egoísmo depurado y actuase moralmente. Su doctrina es sublime: consiste en un devenir infinito. También Platón admite semejante «ciclo» (Kreislau). Ambos filósofos despertaron el deseo de un estado más puro y la repugnancia hacia una vida de injusticia y desenfreno; de ese modo ennoblecieron el ánimo y fomentaron el deseo de saber. Aristóteles puso los fundamentos de las ciencias naturales, sin las cuales la filosofía nunca puede llegar al saber puro.

Alejandro Magno mezcló entre sí el orientalismo y el helenismo. Junto a esta fusión espiritual tuvo lugar también una fusión física. Ambas favorecieron la civilización incluso después de que el gran imperio se desintegrara.

También la benéfica naturaleza de Italia impidió que allí la religión natural ejerciera un efecto paralizante sobre los seres humanos. El pueblo sólo con gran esfuerzo logró conquistar derechos, y únicamente después comenzó el período de esplendor del Estado romano, la época de la virtud cívica. El bienestar del individuo y el del conjunto coincidían. Gracias a esta fuerza llegó Roma al dominio mundial. Volvieron a ocupar el primer plano las leyes de la fecundación espiritual y física; transformaron los caracteres antiguos e hicieron surgir otros nuevos.

Pero penetró la corrupción, se impuso el egoísmo más bajo y el único objetivo pasó a ser alcanzar el dominio.

Quien contempla todo esto no encuentra en el curso de la humanidad un supuesto orden moral del mundo, sino el movimiento desnudo desde la vida hacia la muerte absoluta. En las ciencias naturales, el resultado era que de la lucha por la existencia surgían seres organizados cada vez más elevados y que no podía divisarse el final de este movimiento. En la política, en cambio, sí vemos un final: hemos visto que la civilización mata, que todo pueblo que alcanza la civilización entra en un movimiento más rápido y es precipitado hacia las profundidades. Mediante el sufrimiento han comprado su liberación de sí mismos y surge entonces el impulso hacia la redención.

En este proceso de disolución y extinción, que tuvo lugar bajo la forma histórica del Imperio, irrumpió la buena nueva del Reino de Dios.

¿Qué enseñó Cristo?

Los griegos y los romanos se aferraban a este mundo; las lágrimas acudían a sus ojos cuando pensaban en el sombrío reino de las sombras. Cristo, por el contrario, exigía la negación de uno mismo, es decir, el odio hacia la propia vida. Quería suprimir el egoísmo; exigía un suicidio lento. Como contramotivo frente

al impulso humano hacia la vida terrenal, concibió el Reino de Dios como la vida eterna llena de reposo y bienaventuranza. Esta representación adquiriría todavía mayor fuerza gracias al infierno como su contraparte. Cristo quería, por tanto, la redención del individuo respecto del mundo. De ahí su desprecio por todos los bienes exteriores, también por los vínculos de la sangre, e incluso el odio hacia uno mismo. El verdadero seguidor de Jesús pasa mediante la muerte al paraíso, es decir, a la nada, y entonces queda redimido. En el cristianismo, la relación del individuo con la naturaleza, del ser humano con Dios, es comprendida profundamente, pero permanece velada, y la filosofía debe levantar ese velo.

El cristianismo se situó entre el brahmanismo y el budismo; los tres descansan sobre un juicio correcto acerca del valor de la vida. La doctrina de Cristo ofrece únicamente un material interior: la paz del corazón y el remordimiento del corazón, la voluntad del individuo y la conexión dinámica del mundo, el movimiento del individuo y del universo. Reino de los Cielos e infierno, alma, Satán y Dios, pecado original, providencia y acción de la gracia, Padre, Hijo y Espíritu Santo: todo ello constituye un revestimiento dogmático. En aquella época no era posible conocer esas verdades y, por ello, era necesario crearlas.

Esta nueva doctrina actuó con fuerza. Sobre todo la mujer se sintió atraída por ella. La religión del amor debía encontrar resonancia en su ánimo. En medio de toda la inquietud suscitada por la filosofía, resultaba benéfico el reposo prometido en el Reino de Dios.

El neoplatonismo constituye propiamente la culminación de la filosofía de la Antigüedad y tenía puntos de coincidencia con la doctrina cristiana. Las personas cultivadas buscaron en él su apoyo; proclamaba a todos: permaneced castos y encontraréis la mayor felicidad sobre la tierra y, después de la muerte, la redención. Influyó también sobre los Padres de la Iglesia y, de este modo, sobre el desarrollo dogmático de la doctrina de Cristo. Ambos, neoplatonismo y cristianismo, apartaron la mirada de la tierra. «Mi reino no es de este mundo». La muerte era para ellos una ganancia y, por ello, la vida perdió su valor. Al día de la muerte del mártir se lo llamaba su día de nacimiento.

Finalmente se derrumbó el Imperio romano y a la mayor corrupción posible siguió la mayor fusión posible. Germanos, cimbrios, teutones, etc., irrumpieron llevando consigo la destrucción. Finalmente se establecieron en los antiguos Estados y los pueblos se mezclaron para formar nuevos Estados. Únicamente los germanos que en parte permanecieron en Alemania y en parte fueron rechazados siguieron sin mezclarse. El cristianismo se convirtió en la religión dominante y bajo su influencia se suavizaron las rudas costumbres. También los pueblos eslavos fueron incorporados al círculo de la civilización, en parte mediante el contacto pacífico con los germanos y en parte mediante la conquista.

Desde el sur penetraron en el círculo de la civilización pueblos salvajes. Mahoma colocó a sus seguidores bajo el poder absoluto del Destino, que se cierne sobre el mundo. El individuo no es más que un instrumento en sus manos. Mahoma fundó una nueva religión con un paraíso seductor. Con fanatismo sometió junto con sus huestes todos los países en los que penetraron, hasta que encontraron un límite en el sur de Francia. Se mezclaron con los pueblos y participaron en la obra de la civilización. Así nació una civilización mora que ejerció una gran influencia sobre los pueblos de Oriente.

La doctrina cristiana, nacida del judaísmo —una religión natural purificada bajo la influencia egipcia y persa y emparentada con las religiones indias, probablemente por mediación egipcia—, manifiesta la ley de la fecundación espiritual. Junto a ésta se desarrolló la ley espiritual de la fricción. Abandonados a sí mismos, los seres humanos se sumergieron en toda clase de cuestiones. Surgieron sectas y desapareció la unidad del cristianismo. Al advertir este peligro, hombres enérgicos se esforzaron por superarlo. Combatieron por la unidad de la doctrina cristiana, que se convirtió entonces en religión de Estado. Toda desviación pasó a ser, desde ese momento, herejía. Sin embargo, una lucha por la supremacía dio lugar a la gran escisión entre la Iglesia católica romana y la Iglesia católica griega. El Imperio romano fue restaurado para proporcionar

mayor poder a la Iglesia romana. El emperador era el representante de Dios sobre la tierra, y su imperio, el reflejo del Reino de Dios. La Iglesia sostuvo esta doctrina mientras fue débil y, posteriormente, convirtió al papa en representante de Dios. Éste transmitía su poder al emperador mientras éste actuara conforme a sus instrucciones. Así surgió la lucha entre el poder espiritual y el poder temporal, entre el papado y el Imperio, lucha que todavía no ha terminado.

Llegamos ahora a las condiciones políticas, económicas y espirituales de la Edad Media.

La forma de los Estados era feudal. El rey era propietario de todo el territorio; concedía partes de éste a la nobleza, al alto clero y a las ciudades, es decir, entregaba las tierras en feudo y recibía a cambio servicios. Los señores feudales entregaban a su vez partes de sus posesiones como feudos a cambio de determinados servicios. Así surgieron la nobleza, los príncipes eclesiásticos y las ciudades libres, todos los cuales aspiraban a convertir sus feudos en propiedad libre y a reforzar la relación de dependencia de sus subordinados. Los campesinos se convirtieron en siervos y cayeron en la indigencia y la miseria. La monarquía quedó de este modo paralizada; sólo podía promover el bienestar del Estado cuando éste coincidía con los intereses privados de los señores. Se hizo valer la ley del particularismo. Cada cual se aislaba con sus partidarios y el individualismo se convirtió en lo principal.

En el ámbito económico, el trabajo ocupa naturalmente un lugar importante. En la Antigüedad predominaba la esclavitud. El pueblo tenía que realizar el trabajo y, mientras tanto, se moría de hambre. En la Edad Media las cosas no eran mejores. La esclavitud había sido abolida por el cristianismo, pero la servidumbre no era en absoluto mejor. Por lo demás, los distintos oficios, en la medida en que no se encontraban al servicio de los señores feudales, formaban asociaciones rigurosamente cerradas bajo el nombre de gremios.

En el ámbito espiritual dominaba la Iglesia. En sus comienzos, este dominio fue benéfico, pues la doctrina de Jesús quería contener el egoísmo y concedía a la conciencia su derecho. Por lo demás, difundía la verdad de la carencia de valor de la vida y sembraba las semillas de la esperanza, del amor y de la fe en una bienaventuranza eterna. Puesto que la Iglesia todavía no tenía nada que temer de la ciencia, fomentó el conocimiento. Se establecieron escuelas junto a los monasterios. Los sacerdotes eran tolerantes porque creían firmemente en la fuerza invencible de la religión. También el arte fue puesto a su servicio para conmover los ánimos y enseñar que la alegría terrenal no es nada comparada con la celestial en el Reino de Dios. Todo debía suscitar semejante disposición; de ahí las bóvedas de las catedrales que se elevan hacia el cielo.

Las cruzadas ofrecen un fenómeno notable: manifiestan la ley del contagio espiritual. En efecto, cientos y miles partieron hacia tierras lejanas, con la muerte ante los ojos, para liberar el sepulcro del Redentor.

En esta sólida organización de los pueblos en los ámbitos político, económico y espiritual, la primera brecha fue abierta por la invención de la pólvora. El Estado feudal se transformó en un Estado principesco y, posteriormente, en el Estado absoluto. El poder de los grandes y pequeños señores fue quebrantado y la nobleza se vio obligada a entrar al servicio de los ejércitos permanentes. La situación jurídica de las clases privilegiadas no cambió en absoluto. La nobleza y el clero siguieron siendo los estamentos dominantes; el individuo perdió su independencia. Finalmente, el edificio alcanzó su culminación en el Estado absoluto, en el que príncipe y Estado eran una misma cosa (*L'État, c'est moi*). La forma de éste y la del despotismo era la misma, pero la diferencia reside en que este último había sido necesario para el comienzo de la civilización, mientras que el primero estaba llamado a reconducir el desarrollo particularista hacia la corriente del devenir. Así se manifiesta la ley de la nivelación.

Los descubrimientos e inventos en el ámbito económico transformaron el modo de producción. El aumento de las necesidades provocó resistencia contra los gremios, con su número fijo de maestros y su cantidad determinada de bienes producidos. Surgieron las fábricas y apareció la forma histórica de la

industria. De este modo volvió a hacerse valer la ley del despliegue de la individualidad. Se celebraron más matrimonios; anteriormente, el oficial artesano casi nunca se casaba y los casados engendraban pocos hijos. La civilización quiere que todos los seres humanos se reproduzcan tanto como sea posible en nuevos individuos, para debilitar así la voluntad. Debe señalarse aquí la introducción de la patata, que contribuyó al aumento de la población.

Otra consecuencia de la industria fue el fortalecimiento del tercer estado, de la burguesía. Mediante el comercio y la industria creció el poder de la burguesía, que pudo independizarse de la nobleza.

En el ámbito espiritual continuaba dominando la Iglesia. Sin embargo, comenzó a manifestarse la resistencia, aunque la Iglesia era todavía suficientemente poderosa para neutralizar a aquellos individuos aislados —Wycliffe, Hus, Savonarola—. Sólo Lutero logró llevar a cabo una Reforma. Ésta tuvo dos grandes consecuencias: separó la ciencia de la religión y puso el acento en el ánimo interior. Poco antes, la destrucción del Imperio bizantino había despertado los estudios clásicos en Europa, de modo que un nuevo arte y una nueva ciencia acompañaron a una nueva religión. Impulsado por la invención de la imprenta, aumentó el movimiento del espíritu. En filosofía comenzó a colocarse la investigación junto a las especulaciones metafísicas y por encima de ellas. La experiencia se convirtió en lo principal: basta pensar en Bacon, Locke, Berkeley, Hume y Hobbes. Los grandes hombres de las ciencias naturales —Copérnico, Kepler, Galileo, Newton— llevaron a cabo allí una revolución. La pintura alcanzó su punto culminante con Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Rafael, Tiziano y Correggio. La poesía realista encontró en Shakespeare a su héroe insuperable. También la música se hizo valer y se convirtió en una gran potencia en hombres como Bach, Händel, Haydn, Gluck, Mozart y Beethoven. El desarrollo del espíritu debilita la voluntad, porque el espíritu sólo puede fortalecerse a costa de la voluntad. Por lo demás, incrementa el sufrimiento y aumenta el anhelo de reposo.

Frente a todo ello, también la Iglesia católica concentró sus fuerzas. Tuvieron lugar guerras sangrientas. Si el tercer estado carecía de derechos frente a la nobleza y el clero, comenzó ahora a hacerse valer. Una mayor libertad y una mayor participación en el gobierno del país pasaron a primer plano. El tercer estado convirtió su causa en la causa de la humanidad; comenzó a germinar la semilla del cristianismo con su «todos los seres humanos son hermanos». El inolvidable 4 de agosto de 1789 fue el día en que se declararon los derechos de los seres humanos y se rompieron las cadenas del pueblo. Se constituyó un campesinado libre. Aunque el impulso partió de Francia, se extendió por todos los países. Napoleón se convirtió en difusor de las nuevas instituciones.

Mientras todo esto tenía lugar en el ámbito político y económico, también en el ámbito espiritual se produjo una revolución gracias al filósofo Kant. Éste remitió definitivamente al ser humano al terreno de la experiencia, haciendo así posible la independencia de toda superstición y de toda fe. La última forma de una Iglesia quedó quebrada para la humanidad pensante y se pusieron los fundamentos del templo de la ciencia pura, en el que algún día podría entrar la humanidad entera.

Tras aquella enorme acción se produjo la reacción. La propia burguesía colaboró para limitar las libertades conquistadas, y lo hizo de un modo favorable a sus intereses. Sólo transitoriamente había convertido su propia causa en la causa de la humanidad, como quedó demostrado cuando excluyó de la participación en el gobierno a las clases inferiores. La monarquía constitucional es la forma de gobierno en la que el poder se encuentra dividido entre burguesía, nobleza, clero y príncipe. La Segunda Cámara, que debía representar al pueblo, sólo lo hacía en una pequeña parte, pues un estricto censo concedía el derecho únicamente a la burguesía acomodada. El pobre volvió, por tanto, a encontrarse privado de derechos.

En el ámbito económico, el trabajador era ciertamente libre para disponer de su fuerza, pero el rendimiento de su trabajo era limitado y, por ello, era en realidad un hombre no libre. En lugar del señor de antaño apareció el capital, el más terrible y frío de todos los tiranos. Quienes habían sido declarados

jurídicamente libres tenían que volver a entrar en la relación del esclavo con el señor para no morir de hambre. Así se manifestó la ley de la miseria social. Mediante ella vuelve a debilitarse la voluntad al tiempo que aumenta la fuerza espiritual. El afán de disfrute debilita a las clases superiores y la miseria a las inferiores, y de este modo todos los individuos son preparados para buscar su felicidad en otra parte que no sea esta vida. Que la mayor inteligencia convierta a muchos proletarios en delincuentes —porque, en su espíritu más despierto, la voluntad, a causa de una educación descuidada y de una formación deficiente, se inflama ante motivos que de otro modo no vería o despreciaría— no hace sino confirmar la ley de la fricción. Por otra parte, esto despierta el amor al prójimo, el esfuerzo por elevar a las clases inferiores hasta un grado superior de conocimiento. Sólo un fantasioso puede lamentarse de la creciente degeneración; el noble ayudará. La causa de este mal se encuentra a la vista, de modo que no es necesario buscarla, y sólo requiere manos enérgicas que eliminen el daño. Las leyes de la miseria social y del lujo son la expresión de los males de la sociedad entera, de su irracional modo de producir y de vivir. Ambas pueden denominarse conjuntamente ley del nerviosismo. La vida adquiere una tensión nerviosa cada vez mayor, a la cual contribuyen nuevamente toda clase de estimulantes como el tabaco, el opio, el alcohol, el té, el café, etc. Éstos aumentan la sensibilidad y debilitan la fuerza vital. Sólo el consumo de bebidas espirituosas en América representó durante 1870 un valor de 1.487.000.000 de dólares, es decir, una masa líquida que formaría un canal de ochenta millas inglesas de longitud, cuatro pies de profundidad y catorce pies de anchura.

En el ámbito espiritual se hicieron valer las ciencias naturales. La física ocupó el lugar de la metafísica. Apareció el materialismo. Su principal defecto consiste en admitir transformaciones en el mundo, pero no un curso del mundo, razón por la cual tampoco podía proporcionar una ética. No obstante, posee importancia porque elimina toda superstición y los restos de formas desaparecidas, y constituye un precursor de la verdadera filosofía, cuyos fundamentos fueron puestos por Schopenhauer. En efecto, la única tarea de la filosofía debe consistir en someter a la razón el núcleo del cristianismo. Esto es precisamente lo que Schopenhauer intentó hacer.

Las ciencias naturales produjeron transformaciones asombrosas en la vida. Mediante la máquina de vapor y el telégrafo eléctrico, la vida pasó a desenvolverse a un ritmo diez veces más rápido; la lucha por la existencia se hizo más intensa y la vida del individuo mucho más inquieta.

En el ámbito económico se hizo cada vez mayor el abismo entre los tres estamentos superiores y el cuarto, hasta que despertó la conciencia de clase. En Francia, los trabajadores exigieron una reforma electoral y en 1848 estalló la revolución. Un trabajador entró a formar parte del gobierno provisional; se convirtió en deber del Estado la mejora de las condiciones de las clases trabajadoras y se proclamó el sufragio directo y universal, mediante el cual todo ciudadano mayor de edad obtuvo influencia sobre la vida del Estado. La república sucumbió, pero todo aquello despertó en el pueblo la certeza de que algún día saldrá el sol.

Dirijamos ahora, con prudencia y prestando atención a las corrientes del presente, una mirada hacia el futuro de la humanidad.

En Europa, los fenómenos políticos se encuentran sometidos a tres grandes leyes: la ley de la nacionalidad, la ley del humanismo y la ley de la separación entre Iglesia y Estado, es decir, la destrucción de la Iglesia. Según la primera, todos los pequeños Estados serán disueltos. Los pueblos que poseen lengua, costumbres y civilización comunes buscan con impulso irresistible la unidad política. Esto se manifiesta también en los grandes Estados constituidos por diversas nacionalidades. La segunda ley se manifiesta de maneras muy distintas. Cada ser humano es considerado como el ser más valioso del mundo. «¿Qué es una sociedad humana si uno de sus miembros puede desaparecer como una hoja arrastrada por el viento?», dice Souvestre. Todo cuanto atenta contra la humanidad produce estremecimiento. Cuanto más pierde la vida su valor a los ojos del individuo, tanto mayor debe hacerse su significación a los ojos de la humanidad, es

decir, del conjunto. En la Antigüedad ocurría lo contrario. Gracias a esta ley tuvo lugar la emancipación de los judíos, acontecimiento de gran importancia, puesto que éstos, con un espíritu particularmente desarrollado bajo la presión sufrida, participan ahora en el movimiento.

Por lo demás, la esclavitud personal ha sido abolida; los Estados civilizados van saliendo poco a poco del estado de naturaleza y cada vez con mayor frecuencia someten sus controversias al arbitraje. Se habla de un código de derecho internacional y se trabaja en un movimiento que conduce hacia los «Estados Unidos de Europa». También la buena prensa trabaja en favor de la humanidad, pues saca el mal a la luz y combate contra él.

La lucha entre la Iglesia y el Estado ha estallado de una manera que hace imposible concertar la paz; se asemeja a un duelo mortal para una de las partes. Que el Estado vencerá se encuentra inscrito en el curso del desarrollo de la humanidad. Y en el Estado victorioso la filosofía ocupará el lugar de la religión.

En Asia, las antiguas leyes de la fusión por conquista y de la fecundación espiritual dirigirán los acontecimientos. Poco a poco todos los pueblos de este gran continente serán conquistados para la civilización europea. Rusia e Inglaterra prepararán esta obra en las grandes estepas y en la India. China deberá abandonar su aislamiento e intervenir poderosamente en el desarrollo de los acontecimientos. Surgirán nuevos imperios formados por pueblos vigorosos y mezclados.

En América se extiende cada vez más el joven pueblo surgido de la mezcla en los Estados Unidos. ¡Una amalgama de pueblos que continúa aumentando! Los habitantes semisalvajes de América y Australia se extinguen; no pueden soportar el contacto con la civilización.

África será la que presente mayores dificultades. Quizá la república de Liberia sea el país llamado a convertirse en portador de la civilización. También Egipto parece destinado a transformar el interior de ese continente.

En el ámbito económico pasa a primer plano la denominada cuestión social. La cuestión social no es otra cosa que una cuestión de desarrollo, pues lo esencial consiste en elevar a todos los seres humanos hasta aquel grado de conocimiento desde el cual únicamente puede juzgarse correctamente la vida. Puesto que el camino para alcanzarlo se encuentra obstruido por obstáculos políticos y económicos, la cuestión social se presenta como una cuestión política y económica. El obstáculo en el ámbito político consiste en la exclusión de quienes carecen de propiedades respecto del gobierno. El sufragio universal y directo modifica esta situación. Ya ha sido introducido en diversos Estados y los demás deberán seguir su ejemplo. De esta manera se satisface al pueblo sin que exista peligro de que éste destruya legalmente todas las instituciones del Estado. Toda asamblea legislativa fundada sobre el sufragio universal constituye la expresión adecuada de la voluntad popular. No puede, por tanto, darse una ley mejor, pero su aplicación debe generalizarse aún más. En efecto, no debe comprender únicamente el gobierno del país, sino también el de la provincia y el municipio, así como el jurado. Esta ampliación depende del grado de civilización de los individuos, pues el hombre del pueblo debe ser capaz de desempeñar cargos políticos. Para ello necesita disponer de tiempo.

Actualmente el trabajador carece de tiempo para formarse. Debe trabajar demasiado para poder vivir. Por ello tiene que aspirar a una jornada laboral más corta. La consecuencia de ésta es un aumento del precio de los productos, también de todos los bienes necesarios para la vida, y por ello debe reclamar un aumento salarial acompañado simultáneamente de una reducción de la jornada de trabajo. No es lícito responder a esta exigencia refugiándose en la afirmación de que la mayoría no empleará correctamente ese tiempo, pues poco a poco se verá obligada a hacerlo. El trabajador llegará a comprender correctamente sus propios intereses y, de este modo, introducirá gradualmente una fuerte minoría en los cuerpos legislativos, a los cuales se plantearán dos exigencias: 1.º, la escuela gratuita; 2.º, la conciliación legal entre capital y trabajo. Si el trabajador obtiene más tiempo, debe ponerse a su alcance la posibilidad de conocer las relaciones sociales. Para ello debe existir una enseñanza científica gratuita al alcance de todos. No hay prejuicio mayor que

pensar que no se puede ser un buen campesino, artesano, etc., si se habla inglés y francés o se puede leer a Homero en su lengua original. Pero, para hacerlo posible, los padres no sólo deben encontrarse en condiciones de prescindir del trabajo de sus hijos, sino también de costear su manutención durante todo el período de su formación; es decir, las relaciones salariales deben transformarse por completo.

Lassalle propuso asociaciones obreras sostenidas mediante crédito estatal, capaces de competir con el capital. El capital existente permanecería así intacto y únicamente se haría posible competir con él concediendo crédito a los trabajadores para adquirir los instrumentos de trabajo necesarios. Tan seguro como es que semejante medio serviría de ayuda, lo es también que el Estado no tenderá la mano para realizarlo.

Las pequeñas fábricas se transformaron en grandes empresas constituidas como sociedades por acciones. El Estado debe fomentar este proceso bajo la condición de que el trabajador participe de los beneficios. Gradualmente, la participación de los trabajadores en las ganancias podría hacerse cada vez mayor hasta que, finalmente, mediante la lenta amortización de las acciones, la fábrica pasara a manos de todos cuantos trabajan en ella. Lo mismo debería hacerse con la agricultura. Todo el mundo reconoce que el actual método de cultivo de la tierra es insostenible. Entonces las distintas ramas de la actividad económica podrían entrar en relación unas con otras. Las tiendas de una ciudad podrían organizarse conforme a reglas semejantes. Así se produciría la conciliación entre capital y trabajo y, gracias a ella, el ennoblecimiento de la vida de todos. Una consecuencia de esto sería una reforma de la legislación fiscal.

Por este camino podría resolverse la cuestión social de manera pacífica y legal. Pero ¿es razonable suponer que sucederá así? Las clases superiores tendrían que colaborar para contrarrestar la impaciencia de las inferiores y realizar rápidamente esa transformación. Cada partido intenta aprovechar la cuestión social en beneficio propio; por ello el movimiento social es impulsado con mayor rapidez. Todo el mundo comprende la insostenibilidad de las condiciones existentes. Maximiliano de Habsburgo escribió en cierta ocasión: «Aquello a lo que nunca puedo acostumbrarme es a contemplar cómo el rico fabricante produce en masa para satisfacer el lujo de los ricos y estimular su amor por la ostentación, mientras que los trabajadores, esclavizados por su dinero, son pálidas sombras de seres humanos que, completamente degradados en espíritu, sacrifican su cuerpo al bolsillo del fabricante para satisfacer las necesidades del estómago».

De la solución de la cuestión social depende la redención de la humanidad. Por ello, todos deben arrojar a ese movimiento y buscar en él su felicidad suprema, a saber: la paz del corazón mediante la concordancia consciente de la voluntad individual con el curso del conjunto. Por ello Mainländer exclama a todos: *Sursum corda!* Elevaos y descended de la luminosa altura desde la cual habéis contemplado con vuestra mirada la tierra prometida del reposo eterno; desde donde tuvisteis que reconocer que la vida carece realmente de felicidad; donde las escamas tuvieron que caer de vuestros ojos; descended al oscuro valle por el que avanza la sombría corriente de quienes todavía no han muerto, y depositad vuestras suaves, pero fieles y puras manos en las manos encallecidas de vuestros hermanos. «Son rudos». Dadles vosotros un medio para ennoblecerse. «Sus maneras resultan repulsivas». Cambiadlas vosotros. «Creed que la vida posee valor. Consideran a los ricos más felices porque comen y beben mejor, porque celebran fiestas. Piensan que el corazón late con mayor tranquilidad bajo la seda que bajo una tosca chaqueta». Arrancadles esa ilusión; pero no mediante palabras, sino mediante la acción. Hacedles experimentar que ni la riqueza, ni el honor o la fama, ni una vida confortable pueden hacerlos felices. Derribad los muros de separación que han mantenido a esos insensatos apartados de su supuesta felicidad; estrechadlos contra vuestro pecho y abrid ante ellos los tesoros de vuestro conocimiento, pues entonces ya no habrá nada más sobre esta extensa tierra que puedan anhelar y desear salvo la redención de sí mismos. Si esto sucede, el curso del desarrollo podrá tener lugar sin atravesar montañas de cadáveres ni ríos de sangre.

Todo puede, por consiguiente, seguir un curso incruento. Pero ¿es probable? ¿Es probable que mediante congresos y tribunales arbitrales sean eliminados Estados y unidos pueblos? ¿Es probable que los capitalistas tengan algún día un 4 de agosto de 1789 semejante al que tuvieron los feudales? No, nada de esto es probable. Sí lo es, en cambio, que esas transformaciones tengan lugar mediante la violencia. Sólo entre violentos dolores de parto, en medio de rayos y truenos, puede la humanidad traer a la existencia la forma y la ley de una nueva época. Así lo enseña la historia, la autoconciencia de la humanidad. Pero las transformaciones se producirán con mayor rapidez y estarán acompañadas de menos atrocidades: de ello se encargan los buenos y los justos o, dicho de otro modo, la humanidad, que se ha convertido en una gran potencia.

La tarea de la filosofía consiste en describir a grandes rasgos el curso del desarrollo sin entrar en los detalles.

Por lo pronto, resulta evidente que ninguna de las transformaciones venideras se mantendrá pura. En la lucha entre el Estado y la Iglesia intervendrán cuestiones que tienen sus raíces en el principio de nacionalidad y, al mismo tiempo, se desplegará la bandera de la socialdemocracia.

En primer plano se encuentra la lucha del Estado contra la Iglesia, del entendimiento contra la ignorancia, de la ciencia contra la fe, de la filosofía contra la religión.

En esta lucha es probable que Alemania represente la idea del Estado y Francia la de la Iglesia. (Mainländer no explica por qué considera esto tan probable). La cuestión es quién vencerá, pero, en cualquier caso, la humanidad dará gracias a ello un gran paso hacia delante. Si Francia emprende una guerra de revancha bajo la bandera de Roma, deberá sucumbir. Del otro lado se situarán entonces con entusiasmo todos aquellos que desean la caída de Roma. Si, por el contrario, Francia inscribe en su bandera: solución de la cuestión social, y recibe además el apoyo de Roma, no es seguro que Alemania venza, pues Francia se encontraría entonces dentro del movimiento de la humanidad. En ambos casos Roma sucumbe, porque una Francia victoriosa bajo la bandera socialdemócrata tendrá necesariamente que volverse contra Roma. La gran forma histórica de la Iglesia católica romana está madura para su desaparición y marcha hacia ella. Sin embargo, Mainländer considera más probable el primer caso, porque las divisiones internas de Francia no permiten suponer que vaya a emprender la lucha contra Alemania bajo una bandera socialdemócrata.

En cualquier caso, ello hace avanzar la solución de la cuestión social. Si Francia vence, ese país tendrá que abordar el problema. Si triunfa Alemania, son posibles dos casos. O bien el movimiento social se desarrolla con fuerza desde el interior de la dividida Francia, de modo que brote una llama que recorra todos los países, o bien Alemania ofrece generosamente su agradecimiento a aquellos cuyos hijos han obtenido la victoria, liberándolos de las cadenas del capital. ¿No añadirá Alemania a la gloria de haber sometido a Roma una segunda, a saber, la de haber resuelto la cuestión social?

Cada pueblo tiene que cumplir su misión; mientras carezca de unidad, la lucha consiste en adquirirla y, por ello, durante este período cada individuo debe ser, en aras del cosmopolitismo, un patriota abnegado.

Puesto que el movimiento social se encuentra en medio del movimiento de la humanidad, nadie puede detenerlo. Del mismo modo que, a la larga, los plebeyos no pudieron quedar excluidos de los cargos públicos en el Estado romano, tampoco puede el pueblo permanecer indefinidamente excluido del gobierno, ni pueden cuatro quintas partes del pueblo seguir privadas, por el actual modo de producción, de los tesoros de la ciencia. La civilización actúa de manera mortal; debilita a las clases superiores más que a las inferiores, porque en ellas el individuo puede consumir su vida con mayor rapidez.

La corrupción es grande; allí donde aparece se manifiesta la ley de la fusión, pues la civilización tiende a ampliar su círculo y produce la corrupción para atraer de este modo a los pueblos naturales salvajes e incorporarlos a él. ¿Dónde se encuentran ahora esos pueblos naturales? Ya no puede producirse una

migración de pueblos, pues tanto los pueblos romances como los germánicos se encuentran ya dentro de ese círculo. La renovación debe venir desde abajo, desde el núcleo interior de los pueblos. La ley de la nivelación se hará valer.

Si todos los seres humanos fueran sabios —o siquiera buenos cristianos— no existiría ninguna cuestión social. Existe porque los seres humanos no son sabios.

Es absurdo pensar que las condiciones sociales no sean susceptibles de una reforma radical, pero igualmente absurdo afirmar que una reforma radical conduciría a una vida de ociosidad. Siempre habrá que trabajar, pero la organización del trabajo debe ser tal que todos los disfrutes sean accesibles para todos. La felicidad no reside en la vida confortable y, por tanto, no constituye una desgracia tener que prescindir de ella; pero sí constituye una gran desgracia buscar la felicidad en la vida confortable sin poder experimentar que en ella no existe felicidad alguna. Y esta desgracia es la fuerza motriz de las clases populares inferiores, por medio de la cual son impulsadas hacia adelante por el camino de la redención. Cuando hayan obtenido aquello que desean, experimentarán por sí mismas que la felicidad que buscaban no es nada. Sin embargo, antes de que la humanidad pueda ser redimida, todos deben haberse saciado de los placeres. La saciedad de todos conduce a la solución de la cuestión social. Cuando esto suceda, la humanidad llegará necesariamente a su objetivo, es decir, al Estado ideal.

¿Qué transformaciones tendrán lugar en esa época futura dentro de la vida espiritual?

En lo que respecta al arte: en la arquitectura, la belleza en el espacio ha sido prácticamente agotada, si no por completo, por el arte oriental, griego, romano, morisco y gótico. Sólo una combinación de formas ofrece todavía cierto margen de acción. La belleza de la figura humana ha sido representada de manera insuperable por los escultores griegos y los pintores italianos. En cuanto al interior del ser humano tal como se manifiesta exteriormente, difícilmente podrá superarse a la escultura y la pintura cristianas. Únicamente el arte realista ofrece todavía la posibilidad de producir algo nuevo. En la música, un desarrollo que vaya más allá de Bach, Händel, Gluck, Haydn, Mozart y Beethoven sólo es posible dentro de límites estrechos. Únicamente la poesía posee todavía una meta elevada. Junto al Fausto optimista, que encontró en la actividad de la vida una satisfacción aparente: «Den letzten, schlechten leeren Augenblick / Der Arme wünscht ihn fest zu halten!» («¡El pobre quiere aferrarse al último, miserable y vacío instante!»), debe colocarse el pesimista, que lucha por alcanzar la paz del alma. El maestro genial capaz de realizar semejante creación todavía está por aparecer.

Las ciencias naturales tienen todavía mucho que hacer; la naturaleza, en cuanto inmanente, debe ser investigada libre de toda trascendencia.

La religión encontrará cada vez menos adeptos a medida que aumente el saber. La unión del racionalismo con la religión —comunidades libres, nuevo protestantismo, judaísmo reformado, etc.— retrasa su desaparición y conduce a la incredulidad. Sin embargo, el saber no destruye la fe, sino que constituye su metamorfosis, pues la filosofía es la religión del amor purificada por la razón. Antes se creía en la redención de la humanidad; ahora se sabe que llegará.

¿Qué es el Estado ideal?

La forma histórica que abarca a toda la humanidad. Esta forma es secundaria; lo esencial es el ciudadano de ese Estado. Será un ser humano libre, situado por encima de la ley, porque estará libre de todas las ataduras políticas, económicas y espirituales. Poco a poco habrán desaparecido de la vida de la humanidad todos los móviles: poder, propiedad, fama, matrimonio; se habrán roto todos los vínculos del sentimiento: el ser humano estará exhausto. Su deseo será entonces ser borrado para siempre del gran libro de la vida, y la voluntad alcanzará su objetivo: la muerte absoluta. Nadie puede decir cómo se realizará el «gran sacrificio», cómo tendrá lugar la muerte. También el cuándo continúa siendo una incógnita. Si se atiende

al poder demoníaco del impulso sexual y al gran amor por la vida, uno se siente inclinado a situar el momento de la redención en un futuro lejano. Pero si se presta atención a la fuerza de las corrientes que actúan en todos los ámbitos del Estado, ese futuro parece menos distante, aunque siga midiéndose en siglos.

La civilización es, por tanto, el movimiento de toda la humanidad y el movimiento desde la vida hacia la muerte absoluta. Se realiza en una sola forma, el Estado, que adopta diversas configuraciones, y conforme a una única ley, la ley del sufrimiento, cuyo resultado es el debilitamiento de la voluntad y el crecimiento del espíritu.

Sin pretender una exhaustividad completa, obtenemos el siguiente esquema:

- ley del despliegue de la individualidad;
- ley de la fricción espiritual;
- ley de la costumbre;
- ley de la formación de la parte;
- ley del particularismo;
- ley del desarrollo de la voluntad simple;
- ley de la unión de las cualidades de la voluntad;
- ley de la herencia de las propiedades;
- ley de la corrupción;
- ley del individualismo;
- ley de la fusión por conquista;
- ley de la fusión por la revolución;
- ley de la colonización;
- ley de la fecundación espiritual;
- ley de la rivalidad entre los pueblos;
- ley de la miseria social;
- ley del lujo;
- ley del nerviosismo;
- ley de la nivelación;
- ley del contagio espiritual;
- ley de la nacionalidad;
- ley del humanismo;
- ley de la emancipación espiritual.

Las formas históricas son las siguientes:

<i>ECONÓMICAS</i>	<i>POLÍTICAS</i>	<i>ESPIRITUALES</i>
Caza	Familia	Religión natural
Ganadería	Patriarcado	Religión natural purificada
Agricultura, comercio, actividad económica, esclavitud	Estado de castas	Religión
Servidumbre, dependencia	Monarquía despótica	Arte oriental
Capital, comercio mundial	Estado griego	Arte griego
	República romana	Ciencias naturales

<i>ECONÓMICAS</i>	<i>POLÍTICAS</i>	<i>ESPIRITUALES</i>
Industria	Imperio romano	Historia
Asociaciones productivas	Estado feudal	Filosofía
Organización general del trabajo	Estado absoluto	Ciencia del derecho
	Monarquía constitucional	Iglesia cristiana
	Estados Unidos	Arte
	Estado ideal	Filosofía escolástica
		Iglesia evangélica
		Renacimiento
		Música
		Filosofía crítica
		Ciencias naturales modernas
		Ciencias del Estado
		Racionalismo
		Materialismo
		Filosofía pura
		Filosofía absoluta

La humanidad es un concepto; en realidad, es un conjunto de individuos que existen y que se mantienen en la vida mediante la reproducción. El movimiento del individuo desde la vida hacia la muerte produce, en unión con su movimiento desde la vida hacia la vida, el movimiento desde la vida hacia la muerte relativa, que, en el fondo, constituye el movimiento en espiral desde la vida hacia la muerte absoluta. Ahora bien, la humanidad debe poseer ese mismo movimiento. Para el pensador que ha comprendido esto desaparece la lamentación por la destrucción de muchos seres humanos mediante guerras, accidentes, etc., pues la humanidad entera está destinada a la aniquilación. El movimiento de nuestra especie resulta —dejando aparte las influencias de la naturaleza— de la aspiración de todos los seres humanos. Surge del movimiento de buenos y malos, sabios y necios, valientes y pusilánimes, y por ello no puede poseer ningún carácter moral. En su curso produce buenos y malos, sabios y necios, héroes y malhechores y, a su vez, se produce a sí mismo a partir de los movimientos de todos ellos. Al final se encuentran los cansados y exhaustos. Entonces descende sobre todos la noche silenciosa de la muerte absoluta; quedan redimidos, redimidos para siempre.

Mainländer ha bosquejado a grandes rasgos el curso de la civilización y, con excepción de su consideración final, puedo estar perfectamente de acuerdo con él. Allí donde él contempla al final agotamiento, yo considero que sólo entonces la fuerza del espíritu y la voluntad se manifestarán en toda su potencia. Veo asimismo una dificultad insuperable en esa aspiración de los pesimistas a suprimir la voluntad. En efecto, ¿quién debe hacerlo? La mayoría espiritualmente desarrollada. Pero ¿qué presupone la decisión de hacerlo? Un querer. ¿Qué obtenemos, pues? Un querer no querer, un querer suprimir la voluntad. Me parece que este razonamiento se contradice a sí mismo. ¿Por qué habría de extinguirse la energía cuando el ser humano se esfuerza más por el interés general que por el privado? ¿No existen suficientes ejemplos que muestran que la participación de todos constituye una condición mediante la cual una empresa puede elevarse hasta alturas desconocidas? Nunca se despliega —se dice— tanta fuerza y tanto celo como cuando se trabaja para uno mismo. Pues bien, que cada cual trabaje para sí mismo; precisamente eso es lo que ahora no sucede, sino que debe tratarse de una causa común en la que todos trabajen y en la que el propio interés de cada uno lo impulse a entregarse a ella en cuerpo y alma. Esa causa común es el bienestar social. Para la prosperidad del conjunto es necesario que sus partes se encuentren bien. El gran arte consiste ahora en conseguirlo. Siempre existirán pasiones —una sociedad sin pasiones es imposible y, aunque fuese posible, sería cualquier cosa menos deseable—, pero por qué esas pasiones no habrían de

poder encauzarse por un buen cauce es algo que me resulta incomprensible.

Lo que nos sorprende en este filósofo es el socialismo que defiende. Desde un punto de vista filosófico difícilmente podría ser de otro modo. ¿Acaso no constituye lo principal de la cuestión social la determinación de la relación del individuo con el conjunto? Esta determinación no puede ni debe abandonarse al azar; no, tiene que establecerse mediante la razón y la experiencia, en una palabra, mediante la ciencia, que descansa en ambas. Con toda razón puede describirse el curso de la civilización como la historia de los experimentos realizados en los ámbitos religioso, filosófico, político y social para determinar el lugar del individuo dentro del conjunto, dentro de la sociedad. Mientras el centro de gravedad se encontraba por encima de las nubes, en un mundo trascendente, no podía tratarse seriamente esta cuestión. De ahí que sólo se pudiera avanzar cuando el centro de gravedad se trasladó a la propia humanidad.

En la ciencia debe dejarse fuera de consideración todo factor desconocido. Esta proposición ha sido formulada y colocada como principio muchas veces, pero la dificultad reside en aplicarla fiel y consecuentemente. Así, entre nosotros, el profesor Opzoomer se ha presentado como filósofo de la experiencia y, sin embargo, establece una separación entre verdades mediatas e inmediatas. El sentimiento de la belleza, el sentimiento moral y el sentimiento religioso son admitidos por él como verdades inmediatas, es decir, como verdades de las que el ser humano llega a ser consciente mediante algo que actúa inmediatamente sobre él. De pronto ha desaparecido toda experiencia. ¿De qué sirve establecer de antemano principios sanos si después, al aplicarlos, se arrojan por la borda?»

Si se quiere construir el desarrollo social, es necesario ser ateo o, al menos, dejar de lado en este ámbito las demás consideraciones teístas. Feuerbach tenía toda la razón cuando escribió: «Christen seid Ihr allein bei der Nacht, am Tag Atheisten» («Sólo sois cristianos de noche; de día, ateos»).

Observad a los ortodoxos, que predicán que Dios es omnipotente, omnisciente y sumamente bueno, pero que ellos mismos ponen manos a la obra para mejorar las condiciones según sus propias concepciones. ¿No significa esto quitarle a Dios el trabajo de las manos? Si existiera una confianza verdadera, habría que aplicar el *laissez faire*, *laissez aller* de acuerdo con la máxima: «¡Lo que Dios hace, bien hecho está!». Pero, pese a toda la prédica acerca de la redención, ellos mismos creen tan poco en ella que quieren hacer cuanto esté en sus manos para prepararla, cosa que sería completamente superflua si ya hubiese llegado.

Alguien dijo una vez que, en nuestra época, el ateísmo constituye una falta pequeña en comparación con el ataque a las concepciones de la propiedad. ¿No podría explicarse en muchos casos la aversión al ateísmo por el sentimiento inconsciente de que, una vez alcanzado el ateísmo, habría que renunciar consecuentemente a la intangibilidad de las concepciones sociales existentes? Y eso es precisamente lo que no se quiere tocar, por interés propio. De este modo se permanece en el teísmo como último refugio para la defensa de unas relaciones sociales petrificadas que se quieren conservar a cualquier precio. La santidad de su Dios constituye el fundamento sobre el cual se ha edificado la «santidad» de la propiedad. Toda verdadera filosofía es, por consiguiente, propiamente socialista.

Involuntariamente, los filósofos contribuyeron a la construcción del socialismo. Kant, que quería expulsar del espíritu toda falta de libertad, ¿qué otra cosa hizo sino llevar grano al molino del socialismo? Incluso un aristócrata como Schopenhauer, con su doctrina de que la voluntad de uno solo es como la voluntad de todos, ¿qué otra cosa hace sino proporcionar materiales para la construcción de los socialistas? El individuo y la sociedad: he ahí los datos; determinar su conexión y su relación debe ser la tarea del filósofo tan pronto como haya salido del mundo de la especulación metafísica y se encuentre sobre el firme suelo de la realidad. Entonces la filosofía dejará de ser inútil; por el contrario, señalará los caminos por los cuales

³ Compárese, en lo que respecta al profesor Opzoomer, la carta abierta dirigida al señor C. W. Opzoomer por H. C. J. Krijthe, titulada *Om der waarheid wille*. Este pequeño libro es poco conocido y, sin embargo, merece serlo por la claridad de su contenido, aunque su forma sea deficiente.

la humanidad puede trabajar en su desarrollo. Constituye un gran mérito de Mainländer haber hecho esto en su libro. En consideración a este servicio prestado al presente, estamos dispuestos a perdonarle gustosamente su pesimismo respecto del futuro.